

Hablan por hablar, ora con énfasis oratorio, ora con volubilidad y gracejo. Rebuscan giros grandilocuentes y palabras altisonantes, no por la idea que representan, sino por el efecto que provocan. Siempre parodian la sinceridad ingenua del reformador que pisa en un terreno firme; nunca la sátira alegre y vibrante del espíritu elevado á quien la resistencia del medio rinde impotente. Algunas veces lloran, jamás ríen. En ocasiones, su aparente lucidez recuerda á los degenerados sofistas de los tiempos de Sócrates. En la república Argentina, donde existe la cosa tanto ó más que en Tarascón, se le ha inventado un verbo especial, que no está—y debería ponerse—en el Diccionario de la Real Academia Española: *macanear*.

Hase atacado el bifurcamiento en Francia, relacionándolo á ese ingrato vicio (Didón). En Alemania, el espíritu del método y de la exactitud, formado en ciencias físico-matemáticas é idiomas muertos, y la manía del dato, luchan contra tan perniciosa tendencia. En el imperio Británico, y á su semejanza en Norte-América, los pedagogos son intransigentes en este punto. Por ello se oponen tanto en algunas universidades—contra solicitudes de grandes y campañas de diarios y revistas—á crear un «doctorado en letras» (*doctor of arts*). Pues en este sentido y sólo en este sentido, bien peligrosa es la *doctoromanía*; y más en democracias en que, como las americanas, no se reconocen otros títulos nobiliarios ó académicos.—He presenciado en Oxford una escena curiosa que me revela hasta qué punto se indignan los profesores contra la charla insustancial. Hacía sus exámenes de ingreso, que son facilísimos (*moderations*, rudimentos de griego, latín y Santas Escrituras) un aspirante de palabra fluida y fácil. Interrogábasele sobre el Evan-

gelio, y, según su costumbre, revelada ya en sus disertaciones filológicas, evadía los datos precisos en una divagación de relumbrón, pseudo-oratoriamente. La impaciencia de los examinadores creció por grados, hasta que uno, sin poderse contener, le interrumpió con esta insólita pregunta: «¿Cuántos pescados recogió San Pedro en la pesca milagrosa?» Gran estupor en el examinando... «La suma se expresa, continúa el inexorable examinador, en el versículo tal del Evangelio cual...» Nuevo silencio. «Pues yo le diré á usted dicho versículo en griego... en latín... ¿Quiere que se lo repita también en inglés?... Puede usted retirarse, señor.» Naturalmente, el aspirante fué reprobado por unanimidad, y, según me confesó después, ratificándome una presunción que me habían ya manifestado sus examinadores, no olvidaría jamás en su vida privada y pública, esa severa lección de precisión y sobriedad. Por esto las sesiones del Parlamento británico son privadas y no públicas.

IV. *Sugestionabilidad*.—La educación poco ó nada puede hacer en el carácter del inferhombre. El inferhombre es refractario á toda idea, ó por lo menos singularmente versátil. No se puede escribir en un río. No se pueden sugerir ideales á una pared. Sobre el superhombre, la educación tiene también poca influencia, porque encastillado en sí mismo, él se auto-educaba, y rechaza orgullosamente toda sugestión exterior. Pero el degenerado medio proporciona á la educación un vasto campo de ensayo, porque es orgánicamente *sugestionable*.

Es mucho más sugestionable que el hombre normal. Los psiquiatras llaman á esa cualidad, que les es común con los histéricos, *emotividad*, ó sea excesiva facilidad para conmoverse. A un niño normal, que

tiene enérgicas predisposiciones hereditarias para distinguir el bien del mal, basta insinuarle algunas ideas morales para que él, de por sí, las distinga luego, y practique el uno y odie el otro. Tiene ese punto de semejanza aparente con el superhombre, cuyas ideas de ética no son tan espontáneas, aunque algún tanto más firmes. Un degenerado medio no tiene esas predisposiciones congénitas para distinguir el bien del mal; pero sus maestros pueden sugerírselas. A un niño normal no puede enseñársele que lo bueno es malo y lo malo bueno, porque sus predisposiciones hereditarias rechazarían pronto el absurdo. Un superhombre, desde niño, lo combatiría con tal violencia, que en ocasiones puede peligrar su equilibrio y aun su salud fisiológica. A un degenerado medio es fácil sugerirle cualquier criterio: si se le educa en un medio místico, se le hace místico; en un medio depravado, se le hace depravado. No hay en él fuerzas que combatan las ideas que sus maestros quieran imponerle. Es lo que se le hace.

Contener ó disminuir la excesiva monstruosidad contagiosa del criterio del degenerado, es acaso la piedra filosofal de la ciencia contemporánea. El más alto fin de la instrucción sería entonces poner coto á esa degeneración; en ética, pugnando por dar las ideas adquiridas al daltonismo moral; en estética (las manifestaciones del fenómeno son entonces la decadencia en literatura, la ultra-polifonía en música, el pseudo-prerafaelismo en pintura, el simbolismo en escultura), por medio del estudio de los modelos clásicos. Con este fin los *Gymnasien* y *Realschulen* alemanes cultivan de preferencia la religión, el patrio idioma, el latín y el griego, y las *Akademiën* (escuela de bellas artes) el sano plasticismo antiguo. Con

este fin las *public schools* y universidades inglesas circunscriben casi sus estudios al conocimiento del bien y el mal, según Platón y Aristóteles. Y es esta una de las primeras razones para que los grandes estadistas europeos, que á veces son superhombres, sostengan la cultura clásica. Así Gladstone, jefe del partido liberal, luchó por la enseñanza interconfesional (*unsectarian*) del cristianismo. Es absurdo oponer á estas doctrinas el principio de hacer hombres «prácticos». ¿Para qué? ¿Para el aumento de la riqueza nacional? Pues las primeras fuerzas de la riqueza nacional no son el espíritu «práctico», sino los ideales del trabajo, de sobriedad, de buena fe... y esos ideales, que no son congénitos en los degenerados hombres modernos, deben ser adquiridos por medio de una educación humanista. Si todos fueran neo-normales, y si la degeneración no fuera contagiosa, enhorabuena, háganse todos los hombres prácticos y nada más que prácticos. Pero en el estado actual de la humanidad, quitar á la instrucción general su carácter humanista, es, en cualquier sociedad civilizada, rebajar el nivel moral de la nación. Ese nivel moral es artificioso; será convencional si se quiere; pero es indispensable para una sociedad que no quiere ser la primera en hundirse. Y ¿qué sociedad mediocrementemente pensante tiende á suicidarse antes de la evolución simultánea de sus iguales? Conservemos nuestra vida, aunque sea una vida mórbida, tanto cuanto lo permitan las Parcas.

V. *Desarrollo anormal*.—El desarrollo de los degenerados es anormal: ó tardío ó precoz. Generalmente es precoz. En las escuelas sobresalen y se aplastan pronto. Nacen neurasténicos. Son neurasténicos congénitos. Su vejez es prematura, porque el capital de su vida es exiguo.

§ 151. *Trascendencia de la acción del «degenerado medio ó común» sobre la sociedad; importancia suma de su educación.*—Esta casta de los degenerados es, á mi juicio, en el estado actual de la civilización, importantísima en la economía de las sociedades. Los hombres de pensamiento se pasman al verla aumentar y aumentar de día en día. Los psicólogos exclaman: «¡Marchamos hacia la locura!» Los fisiólogos: «Llegamos á la degeneración colectiva de la especie humana!»

En el progreso de las sociedades actuales, mucho me temo que tenga más trascendencia la acción de los degenerados que la de los hombres neo-normales, aunque la proporción de aquéllos respecto de éstos fuera menor. Porque el degenerado es más sutil, más intelectual, llega á los más altos puestos, y modela el arte, la política, la literatura, todas las manifestaciones de la vida contemporánea. Y su criterio es contagioso para el equilibrio de vacío de los neo-normales, aunque sea refractario al equilibrio de violencias de los superhombres, que son, en suma, los verdaderos y más crueles enemigos de toda degeneración. Por ese contagio me explico todos los snobismos, hasta el del *art nouveau*.

No siempre son los varones degenerados, como en los salones (en algunos pululan, á punto de hacer dignas de lástima las niñas que deben elegir allí el compañero de su vida) afeminados é inocuos, ni como en las tabernas, pendencieros y cobardes. Los hay de acción y hasta de pensamiento, mas pensamiento y acción deben, tarde ó temprano, resentirse de la psicopatía del agente. Aunque el vulgo suela llamarlos *desequilibrados*, á veces disimulan su desequilibrio con una constancia sorprendente. Llevan una vida

moral y modesta; opinan con reposo y parsimonia. La gente llega á «creer» en ellos, y les atribuye «talento». Sólo el ojo clínico del psicólogo-psiquiatra puede distinguirlos, después de detenido análisis, entre las muchedumbres. Engañan, pero... ¡Desconfiados esos degenerados que aparentan las formas del neo-normal y las luchas internas del superhombre! Son los más peligrosos, porque en el momento menos previsto salta *su* liebre. Si tienen ambiciones se disfrazan y auto-sugestionan hasta que ocupan altos puestos, y entonces, sólo entonces, si no hallan contrapesos, se revelan en actos absurdos é incoherentes que presentan al público como medidas de salvación social. Nada más arriesgado que confiarles el timón de cualquier nave (¡casa comercial, instituciones, gobierno, Estado!), porque en algunos de los vértigos de su impulsividad, virando mal de repente, la harán extravariarse, encallar, naufragar. Luego para ponerla á flote, haráse indispensable deslastrarla de valiosísima carga y perder en reparaciones y desandar el camino equivocado, paciencia, tiempo y dinero. Son cómicos, *bona fide*, que no han de morir á lo Goethe, pidiendo «más luz», sino exclamando á lo Augusto: «¡Aplaudid, ciudadanos, que he representado bien mi comedia!» Sin ser grandes hombres los parodian, no en las intenciones, sino en la palabra, en la actitud, en el gesto; y aunque hicieran el bien, si lo pudieren, no sería justo que recogieran sus laureles porque no *sufren* sus batallas. Casi siempre son audaces en la forma, casi nunca originales en la idea. Imitan al superhombre, así como retratan al inferhombre, dentro de los barrotes de su jaula, el orangután, que los antiguos llamaron «hombre de las selvas». ¡Son al superhombre lo que el orangután es al hombre!

Todo un abismo de conducta se abre entre el neo-super-hombre y el tipo del degenerado ambicioso, su pseudo-émulo. Aquél vuelve, rígida, su mirada hacia el futuro, en un estado pasionista que es casi la inconsciencia del somnábulo; éste obra para el presente, en pro de efectos teatrales y éxitos inmediatos. Aquél sueña en las consecuencias lejanas; éste jamás las prevé, pues le basta el aplauso del momento. El uno detesta el singularizarse en las exterioridades, por lo que el profano suele calificarlo de «modesto»; el otro adora esas singularizaciones, que el vulgo embaucado supone síntomas de «genio». El uno lleva, abstraído en sí mismo, encastillado en su propia alma, rumbos fijos hacia la estrella polar del ideal de su vida; el otro cambia como veleta, según los vientos del favor del pueblo ó del poderoso. El uno, si á veces anhela la popularidad, es más como un medio que como un fin; el otro busca la popularidad más como un fin que como un medio. El uno es inexpugnable torreón que se alza solitario en una cumbre; el otro, un desierto de arenas movedizas...

Nada más útil á los progresos de la humanidad, y nada más bello que el superhombre. Por esto, cuando lo han reconocido, los hombres lo admiran y lo veneran. La admiración y la veneración obcecán el *poder humano* de aquellos autores que, contra los tres órdenes de argumentos apuntados, confundiendo su *papel antropológico* con su *papel sociológico*, lo proclaman normal, y ¡aun *hipernormal*! Hay cierta lógica sentimental en esos autores. Si su experiencia de médicos les enseña que lo mórbido es lo más repugnante, ¿cómo declarar mórbido lo que hay de más hermoso? Si conceptúan la salud animal el más preciado don del hombre, no pueden reconocer como enfermedad lo que hay

en el hombre de más apreciable: el progreso, el infinito, ¡el genio! Y, sin embargo... ¿no es el genio la *enfermedad* que, entre todas las bestias, *diviniza* al hombre?

§ 151. *De cómo, bajo un punto de vista «psiquiátrico-sociológico», conviene que la instrucción pública sea esencialmente humanista.* — Trae Jenofonte (*Mem.*, V, XV, 14-16), en cuatro líneas maestras, un retrato admirable de la juventud degenerada del siglo de Pericles, en Atenas. «Tratan de los asuntos de la república, dice, como si les fueran extraños»; «han perdido todo respeto por la vejez»; «derrochan el tiempo en pavonearse, envidiarse y perjudicar más á los propios conciudadanos que á los extranjeros»; «se injurian y denuncian en asambleas de círculo y en reuniones públicas»; «no contentos con descuidar sus fuerzas, ridiculizan á quienes las cultivan»; *viven como mujeres!* (Al leer estos rasgos pregúntome si no serían, en parte, aplicables á otros cuadros de costumbres modernas... Interrogue el espectador, una tarde «de moda», en un Bois de Boulogne cualquiera, especialmente sudamericano, á los innúmeros mocitos que dan vueltas y vueltas y más vueltas, en sus fiacres, no digo sentados, sino como postrados del cansancio de alguna ruda tarea, en que han invertido el día...) Y cuando la patria está al borde de su ruina, la clarividencia de los filósofos de la época, los más grandes que la humanidad produjera, no halla otro remedio para redimir aquella juventud decrepita, despistarla de los sofistas é iniciarla en la acción, que enseñarle lo bueno y lo bello. No importa que descuiden el disco, la clava, la geografía, la geometría, que sólo el verbo de la verdad produce los ciudadanos útiles: po

líticos sinceros, soldados valientes, hábiles comerciantes...

El criterio de aquellos padres del pensamiento es también el del presente. En el tiempo del librecambismo y de los protectorados señalan los humanistas alemanes y los universitarios británicos para el mismo mal el mismo remedio... A la salida del local de exámenes, en Oxford, hay una gran verja de hierro, cuyos anchos pilares de cal y canto rematan en sendos bustos de los grandes autores greco-latinos, sobre cuyos textos se rinden las pruebas estudiantiles. Es inveterada costumbre que cuando un estudiante ha sido reprobado (*plongh*, según su *argot*), al retirarse debe buscar entre aquellos bustos al del autor del texto en que se le ha rechazado. Luego trepa por el pilar, casi en andas de sus bulliciosos camaradas, y, en venganza, araña ¡oh profanación! la antigua cara del profeta... Pues bien; Homero, Herodoto, Tucídides, Plauto, Horacio, Virgilio, Lucrecio, Tácito, están casi intactos; pero las uñas de los reprobados han gastado la piedra, como una gota de agua, hasta el punto de dejarlos ciegos, desnarigarlos, desorejarlos y borrarles su fisonomía toda, á Platón y Aristóteles. Lo cual es una nueva prueba, aunque no sea necesaria una nueva prueba de que los examinadores son infinitamente más severos que sobre los demás textos, sobre la vieja y siempre moderna ética griega.

A la juventud británica de la época de Chamberlain, como á la griega del siglo de Pericles—como á la argentina de los tiempos del general Roca—para que sepa ser gobernado y gobernar (*πολιτικῆς μετέχει τοῦ ἀρχεῖν καὶ τοῦ ἀρχεσθαι*) hay que enseñarle, sobre todo, el arte-ciencia del bien. Antes que en la cultura de zanahorias y remolachas, hay que adiestrar á los jóvenes en

el cultivo de ese árbol supremo del bien, de cuyas ramas penden, como frutos, todas las ciencias é industrias humanas. Sólo á su sombra los hombres se enriquecen. Yo resumiría esa verdad en esta fórmula: la ética es el primer principio de la viricultura. Hay que hacer á los niños buenos y morales, para que luego ellos se hagan hombres fuertes y prácticos.

Hombres «prácticos» y escuelas «prácticas» que los formen, buena falta hacen en la economía de los pueblos. Para ello, es conveniente el sistema de escuelas paralelas secundarias, es decir, la co-existencia de los liceos humanistas y liceos práctico-modernos. El Estado no puede forzar á todos los educandos en un solo rumbo; pero debe permitir que el público escoja, á su albedrío, institutos de una ú otra categoría. En las ciudades en que existen varios colegios nacionales, la solución es facilísima. Donde no existe sino uno, es necesario adaptarlo al carácter físico y sociológico de la región. Pero excluir en absoluto el humanismo de toda la instrucción secundaria, aunque ello tuviera por resultado hacer hombres «prácticos» de la totalidad de los alumnos, traería, á la larga, más perjuicios que ventajas, aun en el orden económico.

Ha producido mi patria literatura, paisajistas elegantes y hasta característicos, pero ni un humanista original. Con que la instrucción pública coadyuve al pleno desenvolvimiento de un solo humanista que nos sea propio—*rara avis!*—cada cien años, cumplirá con su primordial deber de purificar la sangre anémica que llena el corazón del pueblo. No es necesario que, si alguno surge, se le reconozca en su vida de labor; es indispensable preparar las turbas para que, después de su muerte, asimilen la labor de su vida.

El neo-normal amolda su buen criterio innato, «su buen sentido», á la moral del medio; el simple degenerado carece de un criterio moral congénito, y el hombre superior se fabrica una moral para su temperamento, cimentándola en ese fondo inconmovible de seriedad y rectitud, que es siempre base angular de su psicología. Si su criterio discrepa con el del medio ambiente, no duda un instante de sí mismo. Duda del medio: y ó predica, ó desprecia. Predica, ya fogoso como Savonarola, ya sereno como Kant, si halla un campo propicio á la reacción; desprecia, simplemente desprecia, cuando la dura aridez de la tierra le imposibilita á hundir en el surco la cuchilla de su arado. Sólo él es capaz de producir entonces á lo Juvenal, á lo Cervantes, á lo France las grandes sátiras. Aunque nada entienda de la burla superficial de la gente mediocre (no siente las cosquillas, como los paquidermos), cuando lo inspira la ironía, la ironía es en su boca arlete demoleedor de ideas y hombres. Los hombres que más se enojan son los más buenos. Los hombres que más se ríen son los más tristes.

Pues bien; el primer deber de la instrucción pública es desbrozar el terreno de peñas y malezas, para que la palabra del humanista del futuro sea predicación y no sátira. ¡Que sea enojo antes que burla! Por la supina potencia de este deber, reputo la educación antes que la hacienda, la política y la guerra, rama capital de todo gobierno civilizador...

Todo esto demuestra, sacando deducciones prácticas inmediatas, la conveniencia de que la instrucción secundaria sea humanista. Aunque el genio no necesite tanto de esa instrucción, puesto que él, por su naturaleza congénita, forzosamente se auto-educó, es ne-

cesario presentarle un ambiente apropiado para que dé sus frutos y el público sepa aprovecharlos. De otro modo se le asfixia; y suponiendo que no se le asfixie, no sabrá aprovechar esos frutos, pese al medio ingrato. Se esterilizan las fuerzas del superhombre, ó anulándolas en sí mismas, ó imposibilitando su externo aprovechamiento. Esto puede constituir uno de los más graves males sociales. No importa que sólo se produzca un superhombre por cada diez mil, cien mil, un millón de alumnos; es necesario que ese millón, cien mil, diez mil alumnos puedan comprender la acción del superhombre. Para ello es necesario una instrucción general de base humanista; pues aun los superhombres dedicados á ciencias físicas producen una enseñanza que es, ante todo, y en el sentido más lato de la palabra, también humanista. Alzar el nivel moral de una nación es incitarla á pensar, descubrir y producir. En últimos términos, es pensar, descubrir, producir. Aun la riqueza, aun haciendo de la riqueza la *ultima ratio* del progreso, nadie contribuye mayormente á producirla que el humanista. Se dice que Alemania debe su prosperidad actual á su comercio é industrias. Pues yo creo que Kant y Goethe han producido, como factores anteriores, más millones que todas sus fábricas y ferrocarriles. Kant, dando una sólida base á la moral alemana; Goethe, formulando un vasto concepto poético-panteísta á sus industrias. Precisaré más: Kant, promoviendo en primera línea la buena fe social é individual del comercio alemán; Goethe, propalando un espíritu poético panteísta que ha dado y contribuido á producir en la industria alemana su singular flexibilidad para servir, amoldándose á todos los gustos y necesidades de la exportación, en todos los países.

§ 152. *Circunstancias que principalizan en la República Argentina y países similares el problema de la instrucción pública bajo este punto de vista «psíquico-sociológico».*—Nadie ignora que la moralidad social, privada y pública, se orienta por las dos necesidades fundamentales de la vida: el hambre y el amor, el individuo y la especie. A pesar de que la prostitución no ha sido en la República Argentina y en los demás países hispánicos prohibida como en Britania, ni penada como en Prusia, en materia sexual, especialmente en cuanto á la constitución orgánica del matrimonio se refiere, la República Argentina es, pese á este ó aquel escándalo, un modelo de moralidad. A la mujer hispánica podría aplicársele todavía, y con orgullo: ¡son tan bellas las viejas cosas castellanas!; dando á la palabra «dama» la acepción de mujer de corte, la ingenua sátira de este verso lapidario de Quevedo:

Todas matronas y ninguna dama.

Pero en cuanto al hambre, á la moral de la probidad, ¿cuál es el estado de nuestro ambiente social?... ¿Son los argentinos probos ó... no diré ladrones, como se les insulta desde Londres, sino realmente... indelicados...?

En este país, varias circunstancias especialísimas hacen del problema de la probidad nacional el más importante de la educación y la política. *Primera*, la inmigración de clases ínfimas y el resultante cosmopolitismo de población heterogénea, exenta de esos antecedentes comunes que constituyen la solidaridad y unidad de la moral social. *Segunda*, la falta de un espíritu tradicional, aun en los propios hijos del país, porque la violencia de la revolución de Mayo dió en

tierra con la hidalguía de las conciencias de nuestros abuelos. *Tercera*, las desigualdades económicas del federalismo argentino.

Y esta última circunstancia, acaso la más capital, merece un párrafo. El historiador López trae un simulacro luminoso del aspecto económico-político de nuestro federalismo ó pseudo-federalismo. «Somos catorce hermanos, nos dice, de los cuales, uno (Buenos Aires, provincia y capital, íntimamente unidas por el espíritu de su pasado) es muy rico, y los otros son pobres ó muy pobres. Es lógico que los hermanos pobres vengan á proveerse á casa del hermano rico...» Pero, ¿cómo?... Imagino dos hipótesis: el hermano rico es, ó más honesto ó menos honesto que los hermanos pobres. En el primer caso, el contagio es fatal; y es fatal el contagio en el segundo caso... Si los hermanos pobres encuentran despilfarro en casa del hermano rico, la situación es crítica y peligrosa, y se aprovecharán, ¡porque es humano!, de ese despilfarro. Si no lo hallan, impelidos por sus necesidades económicas, bien pueden provocarlo, y si no encuentran resistencia firme y triunfa su política, hacerlo endémico... No se trata de hombres; se trata de hambres. Y conste que al hacer esta interpretación de nuestra historia, no es mi ánimo ofender á la política hasta hoy triunfante, desde 1880; la que sostiene una mayoría: la de los hermanos pobres. A pesar de mi origen regional, declaro que, por vehemencia de ciertos historiadores, que no siempre han sido imparciales, y como lo he probado en mi libro *El Federalismo argentino*, me es la más simpática de las dos partes antagónicas. Tanto, que, después del hecho lamentable de que fueran tan pronto rechazadas las invasiones inglesas, antes de que dejaran mayores residuos de progreso, la

fatalidad que más deploro en nuestra historia es que no se haya perpetuado hasta nuestros días, intacta, á la sombra protectora del palio del buen obispo de Trejo y Sanabria, la *Universitas Cordubensis Tucumanae*.

Quede, pues, apuntado que el cosmopolitismo, la falta de viejas y respetables tradiciones, y, sobre todo, lo que llamo las *desigualdades económicas* de nuestro régimen federativo, tienden á extenderse fortísimamente, en referencia á la propiedad privada y pública la epidemia ó secularización endémica del daltonismo moral de los degenerados. Por esto, y como en otras naciones no siempre colaboran tan poderosos factores, digo que en la República Argentina es *más* fundamental que en parte alguna el problema de la *probidad nacional*...

§ 153. *¿Cuáles son las causas, y por ende los remedios de la degeneración?*—Es tal la extensión de los estigmas degenerativos, que el ánimo se pregunta suspenso si todas esas clasificaciones no importan sino una ilusión de ciertos autores, ó por lo menos, la exageración palmaria de un fenómeno más restringido, el excesivo generalizamiento de una doctrina singular. Contra esa duda, basta citar el acuerdo unánime de los fisiólogos y psicólogos contemporáneos. Si todos los pensadores, ya empíricos ó positivistas, humanistas ó naturalistas, estetas ó sociólogos, se preocupan de ese incremento incesante de la degeneración, la degeneración de la especie humana debe ser un hecho. No por moda los médicos incluyen hoy la casi totalidad de las anomalías psíquicas en el cuadro de las neurosis. Entonces el estudioso, dolorosamente abismado, se interroga cuáles pueden ser las causas del hecho...

La primera que le ocurre es la complejidad de la vida moderna, su exceso de preocupaciones, el descuido de la vida animal en medio de la lucha humana. Yo creo que este puede ser un factor ocasional y concomitante, pero nunca una causa primera. No se pone neurasténico, enseñan los psiquiatras, sino quien tiene predisposiciones mórbidas para la neurastenia. No se vuelve alcoholista sino quien es alcoholizable; quien tiene en su sistema nervioso predisposiciones congénitas (ó alguna vez adquiridas) para el alcoholismo; ó sea, quien por una degeneración de sus centros nerviosos llega á ese estado que yo llamaría «sed de alcohol». La sed de alcohol no es posible en un neo-normal. Sería absurdo creer que Pitt, una de las almas más bellas de la historia, se alcoholizase por capricho. Sólo un estado enfermizo de su sistema nervioso, debilitado por su herencia paterna de Chattam, que fué gotoso é hipocondríaco, puede explicar su inextinguible sed de alcohol. El bacilo de Koch entra á todos los pulmones, y, sin embargo, no se propaga, sino en quien por predisposición y adquisición se halla en estado de contagiarse. No se vuelve loco de amor sino quien tiene un amor loco; no es locura de amor lo que aquejó á doña Juana de Aragón y Castilla, sino amor de locura. Una instrucción vasta, enciclopédica, no produce la neurastenia, sino á individuos á ella propensos. Un neo-normal es refractario á esa instrucción que nunca puede pasarle de la superficie, y es refractario también, por lo tanto, á la consiguiente neurastenia.

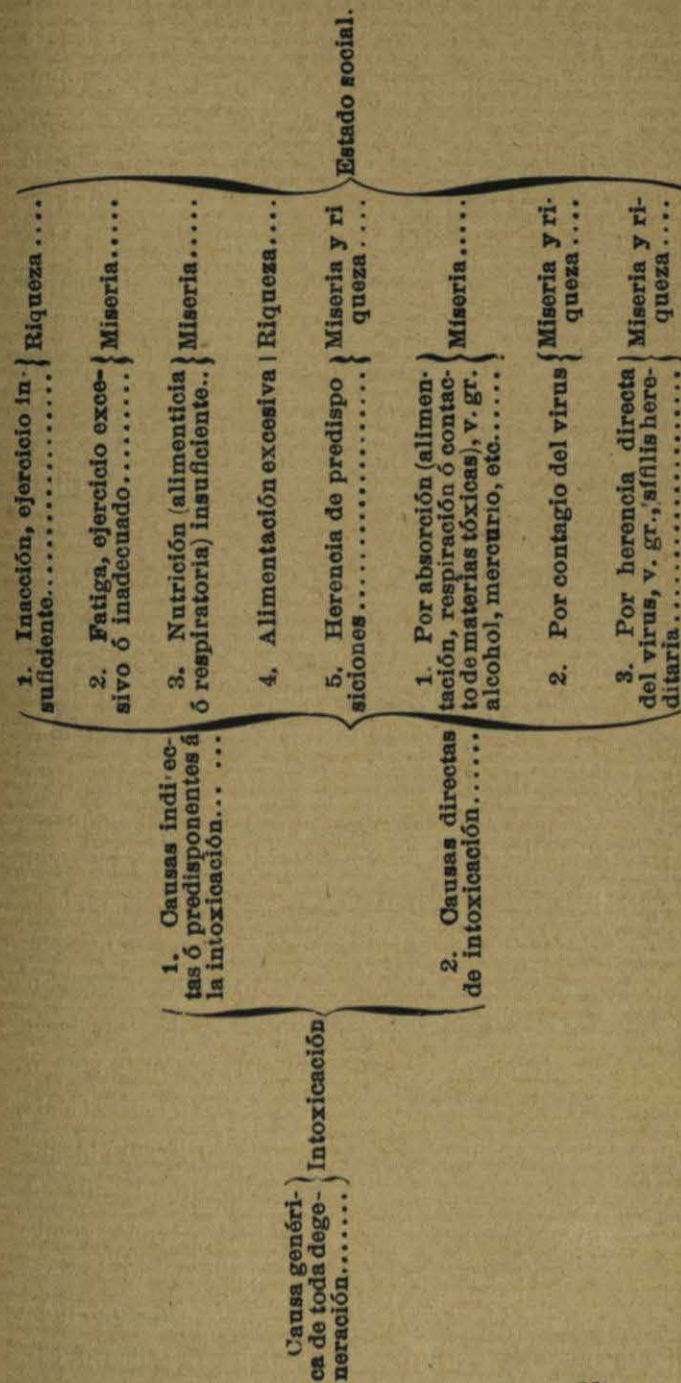
Se habla del confort de la vida moderna que afeina la especie, pues sus comodidades tienden á eximirla de todo ejercicio físico. Esto, hasta cierto punto, puede ser verdad; pero mayor verdad es que



nada vigoriza más la especie que una nutrición adecuada, y la nutrición es tanto más adecuada, en general y mientras no halla exceso, que es perniciosísimo, cuanto mayor es el confort. Luego el argumento es también de secundaria importancia, por cuanto no abarca á la clase rica.

Indudable es que la inacción de los ricos, que se clorotizan por su vida antihigiénica, y el trabajo de los pobres, que se debilitan por el moderno maquinismo, son factores primordiales de la degeneración contemporánea. Pero, ¿por qué se clorotizan los unos y se debilitan los otros? ¿Dónde hallar entonces la causa primera de la degeneración, ó, más bien, del excesivo incremento de esa degeneración contemporánea?

Las ciencias médicas tienden á demostrar que no existe más que una sola *causa genérica* de todas las degeneraciones: *la intoxicación*. La intoxicación, á su vez, tiene causas parciales, *indirectas* y *directas*. Indirectas, ó sea, que si no son la intoxicación misma, predisponen á la intoxicación, inacción, fatiga, insuficiente nutrición (alimenticia, y, por decirlo así, respiratoria), alimentación excesiva, herencia, no de un virus determinado, sino de una predisposición congénita. Directas: por absorción de materias tóxicas (alcohol, mercurio, etc.); por contagio (v. gr. cáncer); por herencia de un virus determinado (v. gr., sífilis hereditaria). Podría todo sintetizarse en el siguiente cuadro:



Pero yo apuntaría, si no, una nueva causa, ó, mejor dicho, un nuevo é importantísimo *factor* concomitante del inmenso incremento de la degeneración contemporánea. Y aunque la observación parezca una paradoja, es para mí una convicción. No en busca de la difícil originalidad la he encontrado, sino en investigación de la verdad absoluta la expongo. (Es bien arriesgado desnudar esa verdad de sus tradicionales oropeles; y es casi imposible, á veces, en nuestra psicología moderna, llamar «al pan pan y al vino vino».) Es simple como todas las ideas vastas, y lógica como todas las ideas fuertes. Hará pensar á los médicos y sonreír á los humanistas. En una palabra: á mi juicio, uno de los más capitales coadyuvantes ó *vehículos* de la degeneración contemporánea es, *¡el progreso de las ciencias médicas!*

En efecto; la cirugía, la terapéutica y la antisepsia han adquirido tan pasmosos adelantos en los últimos tiempos, que la mortalidad disminuye de día en día. Se conserva la vida de los enfermos más graves. Se da al sietemesino más débil una vida de incubación artificial. Se curan ó estancan las enfermedades más peligrosas. Esas enfermedades y deficiencias orgánicas mataban, en épocas antiguas, rápidamente. Los enfermos se eliminaban por sí mismos. Hoy se conservan para sí *y para la generación*. ¿Qué puede resultar de su descendencia? La medicina nos enseña que todas ó casi todas las enfermedades son hereditarias. Cualquiera estado mórbido del individuo debilita su plasma generador, esa sustancia prima insustituible que se transmite siempre la misma según la teoría más admitida hoy de Weissmann, de padres en hijos. La herencia modifica y metamorfosea el principio de debilitamiento adquirido en las enfermedades curadas ó es-

tancadas, la tisis, la gota, la diabetes, el cáncer, la sífilis, las vesanias. Todos los estados patológicos, al transformarse al través de la herencia, y aun siendo debidamente atendidos por clínicos y cirujanos, dan por último resultado un debilitamiento congénito en los centros nerviosos. Esto es precisamente la degeneración. Los cruces continuos de gérmenes sanos y gérmenes debilitados por la herencia, dan, por consecuencia, el alarmante incremento de las anomalías de la especie, ó sea, no ya la degeneración individual ó parcial, sino la degeneración total ó *social*. No hay, pues, tanta exageración cuando el psiquiatra extiende las ramas del árbol genealógico de la familia neuropática sobre los cuatro puntos del horizonte. La sociedad acaba por degenerar en todas sus esferas. Ya no se trata de uno ó dos órganos enfermos, sino de un vasto cuerpo apestando por el acarreo de la sangre. La amputación no es posible, porque la enfermedad está en todos los nervios, en todas las venas. El remedio de ciertas amputaciones parciales (como, por ejemplo, la expulsión de algunos partidos políticos ú órdenes religiosas, ó extirpación de ciertas costumbres ó instituciones), que proponen algunos espíritus mediocres, es insuficiente ó absurdo. No se cura una enfermedad que infecta todo el organismo, cortando un brazo ó una pierna tumefactas.

Podría decirse que los progresos de la medicina, al mejorar la suerte aislada de los individuos dolientes, desmejoran la especie. En las últimas revistas médicas alemanas he hallado casos de habilísimas operaciones quirúrgicas que llegan hasta hacer aptos para la propagación á enfermos que, por una monstruosidad física congénita siempre correlativa á una grave degeneración psíquica, no lo hubieran sido ja-